

Pierre Gilles: *Topografía de Constantinopla*. Introducción, traducción del latín y notas de Domingo F. Sanz. Ensayo preliminar Pedro Bádenas de la Peña y Miguel A. Bunes. Sevilla: Editorial Renacimiento. 576 pp., 2 mapas, 12 ilustraciones, 21 cm x 15.

El volumen se abre con el estudio “Pierre Gilles, personalidad y alcance de su obra” del profesor Pedro Bádenas de la Peña. Sigue el estudio del profesor M. A. Bunes Ibarra “Francia y el Levante. La rivalidad entre los Valois y los Habsburgo”. A continuación el traductor, profesor Domingo Sáenz presenta una extensa “Introducción”, en la que estudia la estructura de la *Topografía de Constantinopla*, las fuentes y su uso, la técnica compositiva, entre otros temas. Termina con una amplísima bibliografía.

Luego de leer la “Carta a un amigo”, fechada en Alepo el 9 de abril de 1549; pasamos a *Los cuatro libros de la Topografía de Constantinopla y sus antigüedades*. Después del “Prefacio” de Gilles, tenemos el Primer Libro: descripción de las siete colinas; y los Libros II, III y IV: descripción de los catorce barrios

Es de agradecer profundamente al traductor, profesor Domingo Sanz, a los autores del “Ensayo Preliminar”, profesores Pedro Bádenas de la Peña y Miguel Bunes, así como a la Editorial Renacimiento, por colocar la obra de Pierre Gilles a disposición de todos quienes aman la cultura griega y especialmente su etapa medieval. El vasto trabajo de Gilles no puede leerse sin emoción: no sólo por las noticias fundamentales que entrega sobre la Constantinopla del siglo XVI, sino también porque muchas de ellas nos hablan de la bárbara y sistemática destrucción de los grandes monumentos bizantinos y sus obras de arte.

Con certeras palabras, el profesor Bádenas de la Peña señala que “el libro de Pierre Gilles superó con creces la prueba del tiempo y ha mantenido su valor como fuente esencial de referencia para la historia de la Constantinopla bizantina. Se convirtió en un documento innovador y fidedigno”¹.

Como nos informa el mismo profesor Bádenas de la Peña, “a Guilles se lo conocía como prolífico editor y traductor al latín de textos de naturalistas

1 Pierre Gilles, *Topografía de Constantinopla*, p.23.

griegos”, del *Económico* de Jenofonte, de las *Olintias* de Demóstenes, de dos léxicos de Antonio de Nebrija; y de diversas otras obras.

Partió al Oriente enviado por el rey Francisco I de Francia para adquirir manuscritos griegos. Los dineros que el monarca enviaría nunca llegaron. Ya sin recursos, debió enrolarse en la tropa de escolta del embajador de Francia. Barón de Aramon, que acompañó al Sultán Solimán en su campaña contra el Sha de Persia y después, ya bajo el reinado de Enrique II, tuvo que participar en una expedición al norte de África, donde el estudioso sufrió un cautiverio en manos de piratas.

Así su estadía se prolongó por casi 12 azarosos años, regresando a Francia en julio de 1552, tres años antes de su muerte. En 1549, desde Alepo escribe a un amigo, pidiéndole intervenga ante el nuevo monarca Enrique II, para que se le dé alguna protección: “¿Qué hay más justo que el rey me dé algún tipo de protección para mi vejez? ¿A mí, que por orden real, emprendí un viaje tan largo, y que lo he mantenido durante tanto tiempo sin ayuda ninguna por parte del rey? Me he privado de todos los placeres, anciano, y he soportado tantas tribulaciones”².

No vio Gilles impresas sus dos obras sobre Bizancio: *De Bosphoro Thracio Libri III* y *De Topographia Constantinopoleos et de illiusantiquitatibus Libri IV*. Ambas fueron publicadas póstumamente y tuvieron varias reediciones en los siglos XVII, XVIII y XIX.

En el “Prefacio”, Guilles se refiere ampliamente a la posición de Constantinopla y su carácter único, afirmando: “Así pues, aunque las demás ciudades sean mortales, ésta, sin duda, mientras haya hombres, tengo la impresión de que seguirá siendo inmortal”.

Destaquemos algunos pasajes de este hermoso libro, escrito con tanto amor y con tantos sacrificios, en el que el autor describe con detalle los lugares y los mide escrupulosamente con sus propios pies.

En la “Descripción del templo de Santa Sofía tal como se ve hoy”, no deja poner el acento en la luminosidad: “El interior de la iglesia reluce con una luz clarísima procedente de numerosas aberturas en su parte más alta, el tambor entre el trasdós de los cuatro arcos principales y la cúpula deja pasar la

2 *Carta a un amigo*. Fechada en Alepo 9 de abril de 1549.

luz a través de cuarenta ventanas” (II, 4, 15).

Hablando de los obeliscos que tuvo Constantinopla, escribe: “yo he visto dos que aún están [estaban] en pie cuando llegué a Bizancio [...] [Uno] en la ladera norte de la primera colina, cuadrado, tallado en piedra de Tebas, erigido junto a los talleres de los vidrieros imperiales. Pero poco después lo vi arrancado y transportado fuera del palacio, tumbado, con una longitud de treinticinco pies” (II, 2, 3).

En el Hipódromo, había, además de las tres columnas que actualmente pueden verse, varias más que estaban en pie cuando Gilles las registra: “A continuación vienen cinco columnas que siguen el mismo alineamiento que el Obelisco, el Coloso y la columna de bronce, y que avanzan en línea recta a lo largo de la espina del Hipódromo” (II, 13, 6).

Gilles pudo ver una de las fachadas del Hipódromo y sus columnas: “En la fachada del Hipódromo, que mira a la Propóntide, todavía se alzaban, cuando llegué a Bizancio, diecisiete columnas de mármol blanco, con sus basas, capiteles y arquitrabes, distribuidas en la línea que rodea la parte suroeste del Hipódromo” (II, 13, 7). Pero el estudioso tuvo la tristeza de verlas destruidas: “Ahora los fustes yacen tirados juntos con los capiteles y las basas, recientemente derribados para construir el caravasar del sultán Solimán. *Me ha dolido su caída*³, no tanto porque yazgan tirados en el suelo como porque algunos de ellos estén cortados en baldosas para revestir el suelo de los baños, y porque los capiteles hayan cambiado su antiguo orden artístico por un estilo bárbaro o hayan sido trabajados para convertirlos en morteros de molino, y los arquitrabes y las basas hayan sido demolidas para material de construcción” (II, 13, 8).

Con mucha melancolía, le tocó Gilles ver la demolición del Hipódromo: “Ahora, sin embargo, el Hipódromo de Constantinopla languidece despojado de toda su ornamentación, y hace poco comenzó a ser demolido. *Cuando lo vi, sentí un dolor que aumentaba el recuerdo el primer lugar de Belisario*⁴ y su desfile para celebrar el triunfo sobre el rey de los bárbaros y luego el peligro que corrió debido a su excepcional virtud” (II, 13, 15).

3 Destacado nuestro.

4 Destacado nuestro.

Gilles ofrece una descripción detallada de la iglesia de San Sergio y San Baco (II, 14, 6). Antes ha citado las palabras de Procopio quien destaca el maravilloso esplendor del oro de sus mosaicos. La descripción de Gilles la hemos podido seguir en detalle en el edificio mismo, la hoy mezquita, en las tres visitas que hemos hecho a esa auténtica obra maestra de la arquitectura, la que aun ahora, con su decoración otomana, es de una belleza sobrecogedora.

Otro templo que describe con detalle Gilles es la iglesia del monasterio de Studion. Describe los hermosos seis paneles de mármol que había a cada lado de la puerta de la iglesia y las bellas columnas de este templo, que es el único en forma de basílica que se había conservado, aunque convertido en mezquita por el Sultán Bayaceto II. Apenas comparar la descripción de Gilles con la realidad del abandono total en que se encuentran los restos del imponente edificio, después del incendio de 1920. Bajo el patio de las ruinas debe estar la cisterna cuya bóveda sostenían “veintitrés esbeltas columnas corintias” (III, 9, 1-2-3).

Hay momentos en que nos parece ver al hombre, fatigado en su duro y largo batallar por dejar un testimonio de lo que está siendo velozmente destruido: “Con razón se me dirá que, en cierto modo, me he salido demasiado de mi propósito. Lo reconozco, pero ¿qué iba a hacer sino tomarme un respiro, *abrumado por las angostas ruinas de la Nueva Roma?* [...] Pero yo, un extranjero, ¿qué puedo ver donde ningún lugareño ha podido enseñarme algo?” /III.4.13).

En otros momentos no pueden sino emocionar sus reflexiones, como en el siguiente pasaje, en el que juega con el recuerdo del famoso “Paladio”, aquella estatua de Atenea que debía ser la salvación de Troya y que fue hurtada por Odiseo. Si hubiera sido posible tener esa imagen de la Sabiduría, ella lo habría protegido en los numerosos peligros de su largo errar:

“Yo, que olvidé desenterrarlo y llevármelo conmigo, he caído en toda clase de peligros. Si hubiese estado bajo su tutela, de igual modo que hubiese evitado el resto de engaños, así habría sido admitido en la ciudadela de Minerva, de la que los turcos me echaron cuando durante un tiempo viví en Atenas, deseoso de contemplar de cerca el templo de Minerva, que todavía hoy se levanta, construido en estilo dórico, rodeado de un peristilo de 48 columnas. Pero bromas aparte, la célebre Minerva, caída del cielo por voluntad divina, a la que se considera ser la sabiduría de su padre, no me ha fallado nunca. No

sólo cuando una vez estuve en peligro en su templo llamado Sofía, sino cuando, muy a menudo, en naciones bárbaras, me sentí abandonado, completamente perdido, ella me insufló ánimo, *me levantó y me dio fuerzas*⁵ (III, 3, 23).

De estas líneas dice, con toda razón, el profesor Domingo Sanz: “Este pasaje es muy conmovedor. Mezcla Gilles en él su inmenso amor por la cultura clásica, con su erudita ironía, a la vez que se desahoga por los malos momentos pasados en su devenir por Grecia y Turquía. Ese amor por lo clásico lo acompañó en sus viajes, simbolizado en la sabiduría de Minerva, lo que, sin embargo, le hizo siempre reponerse en los momentos críticos: el estudioso, armado tan solo con su sabiduría, enfrentado al bárbaro ignorante y receloso, sale finalmente vencedor”⁶.

Emociona también el hecho de haber podido encontrar un lugar donde estuvo Gilles, solo, asistiendo a la destrucción de monumentos, comprobando la desaparición de edificios; como, por ejemplo, el de la iglesia de la Virgen María en Blaquernas. Sólo que, por excepción, en este caso, mucho tiempo después de su paso por allí, los griegos lograron edificar una modesta iglesia, que hoy alberga la Fuente Sagrada, la Áyasma, cuyas aguas pudo ver el peregrino. En dos ocasiones hemos estado con emoción en ese lugar. Este es el relato de Gilles:

“Hasta hoy, cerca de la Xilóporta, y en el ángulo occidental de la Ciudad, entre el pie de la sexta colina y el golfo, o sea, el Cuerno de Oro, a mi llegada a Bizancio, de la iglesia situada intra muros, que dicen que estaba consagrada a la Virgen María – los griegos muestran su fuente sagrada de la que todavía brota agua y llaman al lugar Blaquernas – perduraban vestigios que hasta ahora han sido casi completamente desenterrados y destruidos” IV.5.3)⁷.

Entre los impresionantes testimonios de las destrucciones que le toca presenciar, está aquel en que cuenta el fin de los últimos vestigios de la Columna de Justiniano. Cuando Gilles llegó a Constantinopla, quedaba sólo el pedestal, “que al año pasado vi demoler desde su base [...]”. Enseguida ve el final de la famosa y monumental estatua ecuestre del emperador, que coronaba la columna, y hasta trata, con su afán de registrar todo, de medir, a

5 Destacado nuestro.

6 Nota 741.

7 La nota 1434 del traductor aclara que la iglesia había sido destruida por un incendio en 1434.

escondidas, el casco de una pata del caballo:

“En cuanto a la estatua ecuestre de Justiniano, que como he dicho había estado colocada sobre la mencionada columna y que se conservó en un tiempo en el Serrallo, he visto recientemente transportada a unos hornos en los que se funden los metales para convertirlos en cañones. Entre los ‘restos’, había una pierna de Justiniano cuya longitud superaba mi estatura y la nariz era de más de un palmo. Las patas del caballo, tiradas por el suelo, no he podido medirlas. He podido medir a escondidas el casco de una pata y he comprobado que tenía un palmo de altura” (II, 17, 10 y 11).

Es imposible no conmoverse en las páginas finales del libro: “Así que ¿a qué has dedicado tus investigaciones? En verdad, a escasos restos precedentes tanto de la memoria de los hombres, como de los escritos de autores, ciertamente recientes en su época, pero antiguos por su uso. En efecto, todo lo que sobrepasa nuestra memoria podemos llamarlo antiguo a la hora de reconocer un lugar. Por esas pocas cosas, como por sus garras al león, he recorrido los catorce barrios mejor que por sus descripciones, inapropiadas, además de triviales y ambiguas, o bien por los restos de los edificios que aquellos contenían. Y su recuerdo pronto se extinguirá, a poco que los turcos prosperen. Y así ocurrirá que hombres más diligentes que yo encuentren en el futuro resto alguno de los barrios de la Ciudad y sus monumentos. Si he intentado ayudarlos, más que adelantarme a ellos, y librar del olvido lo que estaba más próximo a desaparecer, en el supuesto de que me haya equivocado, se me ha de perdonar, y mi estancia en Bizancio, más prolongada de lo que yo hubiera deseado, no ha de recibir reproche, sino que hay que culpar a la mala fortuna a la que me arrojó la muerte del rey Francisco.

“Fruto de su voluntad llegué yo a Grecia no para quedarme en Bizancio mucho tiempo, sino para adquirir antiguos manuscritos griegos; para describir la situación no sólo de Bizancio, sino también de muchos lugares, para ayudar en la medida de lo posible a las letras. Apartado de esa misión, temí regresar antes de haber cumplido parte de ella, razón por la que había venido. Y así, con mis escasos recursos, he intentado recorrer Asia y Grecia y describir sus nobles ciudades, cosa que he querido añadir para que nadie piense que mi regreso se demoró por la mirra bizantina o las delicias asiáticas. Se las deseo a todos los que hubieran preferido calumniar mi suerte más que aprobar mi empeño que no conlleva provecho ni consideración, cuando habría podido llevar a cabo mejores y más ilustres labores con sosiego en mi espíritu y salud en mi cuerpo

[...]. No sé si mi pronto regreso fue causa del destino, lo que a mí, que tenía las mejores perspectivas, me arrastró a estas desdichadas tribulaciones, y me llevó, pese a mis conocimientos y prudencia, a casi todos los peligros, o bien que mi obstinación o bien que el interés que merecía el asunto, me empujaron a esta empresa: Una vez más lo confirmo el juicio de los platónicos, que afirman que no hay límites a la hora de buscar la verdad, a no ser su descubrimiento. Y que sentir cansancio durante su búsqueda es algo vergonzoso cuando resulta que lo que se busca es lo más hermoso”.

Miguel Castillo Didier